

Los Contemporáneos 530

UNA BROMA DE CARNAVAL

NARRACIÓN POR

EUGENIO
SELLÉS



Número extraordinario

10 Cents.

Ayuntamiento de Madrid

PILOSUBLIMAR

El mejor remedio y el más fino perfume. Con su uso se evita y combate la Calvicie, la Tiña Pelada y las Canas. Venta: en Farmacias, Perfumerías y Droguerías.

Dirigid pedidos: A "Higiénica Española Colom" (S. A.)
Consejo de Ciento, 336, pral. Teléfono: A. 5396.—BARCELONA



La Peca quiere curar las Pecas
sin PECA CURA
y el público, a voz en grito, clama
que es impostura:
pues, solamente cura las pecas
la PECA CURA.

Jabón, 1,40; Crema, 2,10; Polvos color
moreno (siete matices) rosa o blanco,
2,20; Agua Cutánea, 5,50; Agua de Co-
lonia, 3,25, 5, 8 y 14 ptas., según frasco.

PEDID las lociones y esencias para el pa-
ñuelo serie "Ideal", perfumes: ADMIRABLE,
Rosa de Jericó, CHIPRE, Ginebra, ROSA, Ma-
tinal, MIMOSA, Rocio Flor, ACACIA, Vértigo,
VIOLETA, Clavel, JAZMÍN, Muguet, SIN
IGUALES por su finura, intensidad y per-
sistencia. Esencia, 16 pesetas estuche; lo-
ciones, 4 y 5 pesetas, según frasco. Últimas
creaciones de

CODTÉS HERMANOS.—BARCELONA

Fábrica de corbatas
Camisas, guantes, - - -

- - - generos de punto.

Elegancia, surtido y economía.

Precio fijo. 12. CAPELLANES. 12. Precio fijo

UNA SEÑORA

ofrece comunicar gratuitamente a todos los
que sufren de: neurastenia, debilidad gene-
ral, vértigos, reuma, estómago, diabetes, tisis,
asma, neuralgias y enfermedades nerviosas,
un remedio sencillo, verdadera maravilla cu-
rativa, de resultados sorprendentes, que una
casualidad le hizo conocer.—Curada perso-
nalmente, así como numerosos enfermos, des-
pués de usar en vano todos los medicamentos
preconizados, hoy, en reconocimiento eterno
y como deber de conciencia, hace esta indi-
cación, cuyo propósito puramente humanita-
rio, es la consecuencia de un voto.—Dirigir-
se únicamente por escrito a D^a Carmen T.
García, Salmerón, 167.—Barcelona.

OBRAS

de Augusto Martínez Olmedilla

que pueden adquirirse en la Administración
de «Los Contemporáneos».

El templo de Talía
Idilio trágico.
Siervo y tirano.
Los hijos.

Donde hubo fue-
po...
La ley de Malthus
Siempre viva.

Precio de cada una, 3 pts.

Los lectores de «Los Contemporá-
neos» que deseen adquirir alguna, la
recibirán franca de porte enviando
a esta administración, por cada to-
mo que soliciten, 3 pesetas en sobre
monedero, giro postal u otro medio
análogo.

UNA BROMA DE CARNAVAL

NARRACIÓN PARA LOS DIVERTIDOS

Un manicomio es un cementerio de almas. Y así como la muerte física no tiene recato ni castidad que guardar, la locura, que es la muerte del espíritu, abandona también la honestidad debida al estado social.

En esos panteones de cadáveres que andan fuera del mundo, aunque encima de la tierra, el ser humano, para el cual ya nada existe, vive en soledad con otro ser que existe únicamente para él. Es la comunicación de dos fantasmas en las tinieblas.

La mujer demente procede en esa oscuridad mental, como la mujer cuerda en la oscuridad material; a sus anchas y según sus instintos. Ha perdido el miedo de la vista ajena. Por eso la locura femenina es, generalmente, incasta.

Hay, sin embargo, excepciones. Era, sin duda, la infortunada loca que conocí cierta tarde en una casa de orates.

Cuando entré en el jardín, todas las

alienadas continuaron como estaban, sin hacer caso de nosotros. Unas tendidas cuan largas eran: otras medio desnudas de pecho: alguna totalmente desnuda de piernas y, dando con ellas en el tronco de un árbol. Solamente ésta de quien hablo, se ocultó detrás de un tilo grande, y se tapó exageradamente el pecho, aunque lo tenía ya cubierto hasta la garganta. Pensé entonces que era menos loca que otras muchas mujeres a las cuales vemos en libertad.

Pero cuando tapó también sus ojos, que eran hermosos, y, con exceso cruel de pudor, ocultó hasta sus manos, bien hechas y bien cuidadas, conocí que estaba fuera de toda razón femenina. Maravillóme más todavía que su recato y afán por abrigarse, el género de abrigo con que se tapaba. Cubría todo su cuerpo larguísimo manto que empezaba liado a la cabeza a modo de rostrillo monjil, tan ceñido, que solamente le dejaba libres los ojos, la

nariz y la boca; y encima del manto tenía puesto otro abrigo impermeable, con amplia capucha que se caló al verme, dejando completamente cubierto el poco rostro que la toca descubría.

Mi curiosidad fué grande, porque ni había barrunto de lluvia que aconsejara la precaución del impermeable, ni la temperatura pedía tanto abrigo.

—¿Tiene usted frío? — le pregunté para entablar conversación con ella.

—No — contestó dulcemente, pero arrebujiándose mejor con su impermeable. —No tengo frío. Tengo... lunares. Y no quiero que me suceda lo que le sucedió a mi amiga Concha. Por eso me he encerrado en este convento; y aun así necesito llevar mi capa de aguas. No hay castidad bastante guardada de la vista agudísima de los hombres. Tienen la mirada líquida.

—No entiendo—dije—lo de la mirada líquida.

—Que es como el agua de la lluvia: cae por fuera, pero se filtra por el tejido de la ropa y cala hasta la carne. Además, no sirve lo espeso del vestido; porque las malas lenguas nos desnudan y descubren lo que cubre la tela.

Pensé que se trataba de una mujer calumniada, y me atreví a decírselo.

—¿Yo calumniada? Mi amiga. Y realmente no fué calumniada tampoco; no dijeron de ella sino la verdad: que tenía dos lunares.

—¿En su reputación?—pregunté.

—Sí. Es decir, no. En su cuerpo; pero es lo mismo: porque teniéndolos en el cuerpo se tienen en la reputación.

—No lo entiendo—advertí.

—¿No entiendes nada!—repitió con esa ingenua descortesía de los niños y los locos. Sin duda has entrado por equivocación en este convento: aquí están las monjas locas, pero no las bobas. Me explicaré. Como tú sepas que yo tengo lunares en mi cuerpo,

los tengo ya en mi reputación. Porque es claro que la gente no puede conocerlos sin mostrárselos: y no se muestran sin daño de la reputación. ¿Lo entiendes ahora?

—Perfectamente — contesté asombrado de la manera de razonar de los locos, más lógica a veces que la de los cuerdos.

—Pero lo misterioso — prosiguió— es que Concha no había enseñado sus lunares a nadie, y sin embargo, todo el mundo los vió. Mi amiga... pero ¡si no era amiga! era más. Éramos como una sola persona repetida en un espejo. En fin, lo que fuera, amiga o sombra, era un pensamiento virgen, que seguía pareciéndolo después de casada. Casó muy joven, e hizo del matrimonio una religión en que el hogar era el templo, la cuna de su hija el altar, y su marido, su Enrique, el Dios en quien adoraba de día y soñaba de noche.

Era una mujer de sociedad por fuera y una monja por dentro. Monja con el mundo por claustro, que es el linaje de virtud más difícil y meritorio. En ella era la castidad más todavía que un voto; un sentimiento natural: y era la pureza una luz; la tenía y la comunicaba a los demás. Su cara daba gozo por hermosa y miedo por severa. En suma, una de esas mujeres por las cuales todos los hombres son capaces de volverse locos para amarlas, y todos se vuelven cobardes para pretenderlas: y aun si hubiera alguno bastante osado para enamorarla, se hubiese contenido antes de conseguirla, por esa dulce compasión que siente quien va a deshojar una flor delicada.

La defendían, como triple muralla, su amor conyugal, su virtud y sus apariencias, que en junto la guardaban de tentaciones propias y de osadías ajenas.

Pero ni esto bastó para su seguridad; porque el diablo sopló una noche, y murallas, altar y Dios rodaron por tierra.

Según iba hablando, la loca se exaltaba tanto, que hasta descubrió sus ojos para clavarlos en los míos, escudriñando la sensación que su relato me producía.

Entonces ví de cerca y de lleno su rostro, que era de hermosura indudable, a pesar de esa impasibilidad estatuaría, de esa falta de vida, de esa que pudiera llamarse opacidad de la fisonomía de los dementes, que les da aspecto semejante al de una lámpara apagada.

Comprendí, por su actitud, que tenía interés en ser preguntada, y en que le diera pie para seguir su narración.

Lejos de retraerse, se mostraba comunicativa.

Se encontraba frente a frente de su manía.

—¿Flaqueó?—la dije accediendo a su deseo secreto.

—¡No!—contestó con energía.—Ni flaqueó, ni fué calumniada. Dijeron de ella una de esas verdades que hacen más daño que la calumnia.

Era tiempo de Carnaval, cuando el diablo anda suelto, unas veces por las calles, con su traje sucio y su rabo de percalina, y otras por los salones, con su capa veneciana de raso.

Concha asistía a una mascarada en un salón aristocrático. Se había quitado la careta antes que nadie, porque ni gustaba de dar bromas, ni temía recibir las, como otras muchas mujeres que se ponen la careta por lo que se la ponen los floretistas, para seguridad de la piel, pues sólo yendo desconocidas van respetadas.

Iba del brazo de Enrique, su marido, cuando un máscara—el diablo de la capa veneciana—dijo a Concha: Adiós, Vestal.

—No lo dirás por el traje—respondió Concha, que vestía de diosa de la locura.

—Cada uno se disfraza de lo que no es: por eso precisamente se llama disfraz. Si tuvieras alma y vida de loca.

te vestirías como esas vestales y beatas que a esta misma hora llenan de escándalo y de vino el salón del teatro Real. Pero mucho cuidado, marido dichoso,—añadió encarándose con Enrique — porque también las vestales tienen... lunares.

Enrique, que realmente confiaba en la virtud de su mujer, contestó riendo:

—¿En su vida?

—Más adentro — repuso el máscara.

—¡Bah! Será en la conciencia — dijo Concha, también con la risa serena de quien está seguro de su conciencia.

—No, más fuera. — Y bajando la voz, añadió el máscara:—Tus lunares están en la carne.

—¡Mientes!—replicó Concha avergonzada y sobrecogida.

—¿Miento? Estoy viéndotelos ahora mismo, porque mi careta es milagrosa: da a quien la lleva el dón de la doble vista. Voy a demostrarlo.

Y metiendo la cabeza entre la de Concha y Enrique, de manera que su boca caía junto a los dos oídos de ambos, y hablando en esa voz bajísima con que se dicen los secretos interesantes, el máscara señaló los sitios del cuerpo donde Concha tenía sus lunares.

La pobre muchacha sintió un estremecimiento frío por todas sus carnes: porque, efectivamente, tenía en ellas dos graciosos lunares, y aquel hombre los señalaba con certeza y puntería tales, que, a no haberlos visto muchas veces, fuera imposible acertarlos.

Y el de la capa veneciana desapareció rápidamente, confundándose entre aquella colmena bulliciosa de máscaras que llenaban los salones.

Fué grande la turbación de Concha, y no menor la sorpresa de su marido, quien, por pruebas palpables y precisas, veía que eran conocidos de otro hombre secretos reservados exclusivamente para él: encantos tan recóndi-

tos que sólo pueden verse a la luz de un altar o al fuego de un pecado: mediando un sacramento o mediando un vicio.

Concha no supo cómo contestar a aquella revelación. Enrique buscó al máscara para exigirle explicación seria del misterio; pero no lo encontró entonces ni después en toda la casa.

—¿Qué es esto? — preguntó Enrique cuando volvió al lado de su mujer.

—No lo sé—contestó ella con perfecta candidez.

—Pues nadie, sino Dios y tú, podéis saberlo, fuera de ese hombre que ha dicho verdades que yo únicamente puedo conocer, siendo tú honrada.

—Pues en el caso presente no lo saben sino Dios y ése, que debe ser el Diablo.

Concha sufrió entonces la primer injuria de palabra y de obra de su marido que, asiéndola violentamente del brazo, la condujo a casa.

La calumnia, aunque por diversas causas, produce a veces en las conciencias puras los mismos efectos que la acusación verdadera de un delito.

No hay espíritu bastante sereno para oírla con desprecio; perturba más cuando es menos merecida.

El rostro de Concha palidecía; su voz temblaba como si realmente hubiese en ella pecados por que temblar y palidecer. La felicidad del matrimonio murió de aquella puñalada traidora; porque ante un hecho innegable, toda sospecha era fundada y toda excusa imposible.

El marido exigía, con derecho, explicación, y la mujer no podía dársela, porque era la primera en ignorar cómo y por qué otro hombre que su Enrique conocía aquel secreto. Y así

la desconfianza del uno y el tormento de la otra formaban como esos nudos ingeniosos que se aprietan y enredan más cuanto más manoseados.

Enrique desconfiaba, porque Concha se atolondraba al contestarle; y Concha se atolondraba, porque Enrique desconfiaba al preguntarle. Y su situación no tenía salida.

—Si no hay en ti traiciones, habrá a lo menos descuidos—le decía Enrique con ese amor noble que desea abrir caminos de salvación para su fe.

Pero Concha, por más que examinaba su vida, no recordaba caso en que nadie pudiera haber visto sus lunares.

Su misma exagerada castidad la condenaba.

—Ya que no recuerdes, inventa. Invento algo para mi tranquilidad y tu decoro. Miente siquiera, que así demostrarás que los estimas.

Pero Concha no mentía; la pobre no había aprendido a mentir, porque jamás lo había necesitado.

Y Enrique acabó por convencerse de que Concha había faltado hipócritamente a sus deberes conyugales.

Aquella noche fué para los amantes esposos como una pesadilla con los ojos abiertos. Quedó en ella roto para siempre el vínculo consagrado con la doble consagración del sacramento y del amor.

El estallido de los celos es pronto, como el estadillo de la tormenta. O mata con su primer rayo antes que lo veamos, o no mata nunca. Cuando se le ve, ha pasado sin herir. Rayo diferido, es rayo apagado.

Enrique no tuvo la fiera de matar a su mujer en el primer ímpetu celoso. ¡Ojalá la matara; porque así Concha hubiera sufrido solamente un golpe y una muerte en un minuto de terror y otro minuto de agonía!

Enrique lloró su desengaño y abandonó el cuarto de su mujer, dejando de ver por vez primera aquellos lunares que eran ahora los puntos ne-

gros con que terminaba una historia de confianza y de felicidad.

Concha quedó sola, inmóvil, clavada en un sillón. Paralizadas su voluntad y sus energías, no las tuvo ni para defenderse ni para resignarse. ¡Contra quién había de emplearlas, si combatía con un fantasma impalpable! Si Enrique la hubiera acusado por sospechas, su dignidad se hubiese levantado para desvanecerlas o para desdenarlas. Pero la acusaba con hechos demostrados.

Si hubiera sido realmente infiel, su ira cayera sobre el amante indigno que hubiese revelado los favores recibidos. Pero era inocente.

Pasaba por su ser el dolor más terrible de los dolores: el dolor seco. Rugía dentro de su cabeza una de esas tempestades sin agua, que ensordecen con sus truenos y encienden la temperatura, en vez de templarla con lluvia consoladora. El llanto es la sangre del alma: si afluye a ella y se agolpa cuando debe circular por sus corrientes propias, sobreviene la congestión, y con la congestión la parálisis del pensamiento y del sentimiento.

¡Cuánto padeció la pobre! Yo lo sé mejor que nadie, porque estuve toda aquella noche dentro de su corazón, y al salirme seguí padeciendo como si ella estuviese entonces dentro del mío.

Perdía su razón en aquel misterio como se pierde cuando intenta penetrar los misterios de la existencia.

¿Cómo y en cuál momento y quién pudo sorprender sus secretos corporales? ¿Algún descuido en el baño? ¿Alguna sorpresa en el sueño? Eran imposibles. Los dos santuarios de su castidad, la alcoba y el cuarto de baño, se cerraban hasta para su doncella, mientras no estaba completamente cubierto lo que debe cubrir el pudor. Ni aquella Virgen de la Concepción, colgada junto al lecho, a la cual rezaba todas las noches al acostarse, pudo nunca fijar sus ojos purísimos en las no menos puras carnes de su patroci-

nada, porque Concha apagaba la bujía después de rezar y antes de despojarse de aquellos lienzos interiores, más blancos aún que por su limpieza propia, por la limpieza del alma que envolvían.

Concibió después una sospecha horrible. ¿Habrían abusado de ella por medio de un narcótico? Pero ¿cuándo? Jamás se había separado de su madre, cuando soltera, ni de su marido cuando casada. Luego, fuera ya de razón, sospechó hasta de la inocencia de su hija. Mas la pobre niña estaba en esa edad en que los ojos miran sin ver y la lengua balbucea palabras sin recuerdos.

Fué al cuarto de su marido y le expuso todas estas razones. Pero resultaron contraproducentes.

—Esas serían—le contestó—las maneras honradas de explicar el hecho, y tú misma me estás convenciendo de que son imposibles. Y como el hecho es innegable, no queda sino la explicación que deshonra. Para mí has muerto. Vístete. Voy a entregarte ahora mismo a tus padres como se devuelve una moneda falsa. Nuestra hija vivirá contigo hasta que cumpla los siete años. Después la recogeré para educarla a mi modo. Más vale que aprenda vicios claros al lado de un hombre solo, que hipocresías traídas de su madre.

Ante la injusticia de su marido y de su suerte, Concha, en vez de romper a llorar, rompió a reír. Abrió desmesuradamente los ojos, y por sus anchas aberturas comenzó a ver con claridad la causa de su desdicha. Entonces dió un grito de terror; cogió el hule que había al pie del lavabo, y se envolvió con él. Comprendió todo el misterio. El máscara del baile tenía la mirada líquida y había calado hasta los lunares.

¿Entiendes ahora bien lo de las miradas líquidas, y entiendes por qué me tapo con esta capa de hule?

La loca acabó aquí su historia. Vol-

vió a cubrirse cuidadosamente y se apartó de mí, escondiéndose tras los árboles del jardín.

El médico director del manicomio completó entonces el relato.

Concha, la amiga de la loca, era la loca misma, que ponía su historia en cabeza ajena.

Sus recuerdos no alcanzaban a más de lo referido.

—Después de aquella noche de angustia—prosiguió el doctor—Enrique, doblemente inquieto de una parte por lo sucedido, y de otra por el estado anómalo de su mujer, la condujo al domicilio paterno. Era el amanecer, la hora en que volvían a sus hogares las gentes alegres que habían pasado la noche de Piñata en los bailes de máscaras.

No bien hubo entrado en el gabinete, Concha profirió un nuevo grito de espanto, y fué a esconderse detrás del piano, exclamando:

—¡Ahí está, ahí está otra vez el hombre de la mirada líquida!

El que allí estaba, vestido todavía con su capa veneciana, no era otro sino el propio padre de Concha, el cual regresaba en aquel momento del baile de la marquesa de N.

Refirióle Enrique lo acontecido.

—¡A quién se lo cuentas!—dijo el padre riendo a carcajadas. — ¡Tontines! ¡Si he sido yo quien os ha dado la broma de los lunares! ¿Quién si no yo podía conocerlos, ni quién señalarlos mejor que el padre que ha criado, vestido y bañado tantas veces a tu mujer, cuando era una muñeca de carne y hueso?

—¡Buen rato y buen susto me ha dado usted con su broma!—dijo Enrique lanzando uno de esos amplios suspiros de tranquilidad que vuelven el alma al cuerpo.

Marido y padre explicaron el caso a Concha. Pero la explicación llegaba tarde.

Seguía gritando y mirándolos con ojos de imbécil, sin entenderlos ni conocerlos. Se había vuelto loca, y en aquel cerebro cerrado y oscurecido no penetraba ya ni penetró más la luz de la razón.

La demencia adquirió en poco tiempo tales vuelos y proporciones tan alarmantes, que fué necesario encerrar a esta pobre señora en el manicomio.

Su padre murió un año después, acongojado por las consecuencias de su broma de Carnaval. Lo mató la tristeza de haber sido demasiado alegre en su vida.

—¿Y confía usted en la curación?

—Poco, porque la doliente tiene mucha vergüenza y ésta es la peor colaboradora en su locura. Padece realmente la manía de la castidad. Sin embargo, se ha ganado terreno en este último año. Su locura es dulce, tranquila y simpática. Fuera de los accesos, discurre bien y habla con patética elocuencia. Conoce y recuerda su historia, y la cuenta con todos los pormenores: solamente confunde y trastrueca su personalidad, atribuyendo, como usted ha visto, sus desgracias a una amiga íntima, en cuyo cuerpo vivió algunas horas. Se figura ser una monja que ha profesado en este convento, temerosa de que le suceda lo que a su amiga, porque tiene lunares como y donde aquélla. Se exalta únicamente cuando ve a los hombres, y más si son desconocidos. Está convencida de que tienen la mirada líquida.

Esa es la manifestación de su locura: la razón de su sinrazón.

LOS ANTEOJOS DE LA EDAD

NARRACIÓN PARA LOS VIEJOS

Alfonso, el *sabio*, como en son de burla, pero por su natural despejo, le apodaban sus amigos, vivía en uno de los puertecillos más pintorescos de la costa de Santander, en San Vicente de la Barquera, gozando de todas las felicidades que podía dar un pueblo de España en el año de gracia de 1840. Nacido veinte años atrás en solar hidalgo de esa montaña, de donde descendieron a la vieja Castilla casi todos los apellidos nobles, no era rico, sin embargo, aunque era más que rico: era feliz. Su padre fué un labrador montañés de aquellos que llevan sin brillo, pero sin desdoro, sin enaltecerlo, pero sin rebajarlo, un nombre ilustre en el blasón de la nobleza, bajo la anguarina del campesino, recomendada con más colores que tienen los cuarteles de su escudo.

Un viejo y macizo casón de piedra, con apariencias de maltratado palacio por delante, y con realidades de casa de labor por detrás, flanqueado en sus extremos por dos muros salientes, que subiendo desde el suelo al tejado, a modo de orejeras, embarazaban las vistas laterales del largo balcón corrido por toda la fachada; una capilla junto al edificio; una huerta y

algunos corrales, todo cerrado por gruesas tapias, con portada monumental de remate blasonado, y unas tierras contiguas a la casa, componían el patrimonio de ella y de la familia de nuestro Alfonso. Un pasar modesto, pero seguro. Nadie se acostaba allí en sábanas de Holanda; pero tampoco se acostaba sin cenar.

Alfonso, como hijo bueno de padres ya cansados, dirigía la labranza de las tierras y entretenía sus ocios, que eran mayores que la labor, pescando escurridizas anguilas en la ría, y mozas, también escurridizas, en las empinadas y oscuras calles de San Vicente. Con esto, y con leer un par de horas diarias en los pocos libros de su padre, pasaba la vida, dando salud y solaz al cuerpo y al espíritu.

Su lectura preferida—bien que no tenía mucha en que escoger—fué siempre el *Viaje por España*, del infatigable D. Antonio Pons, antiguo Secretario de la Real Academia de Nobles Artes, el cual tuvo la paciencia de visitar, caballero en bestias mayores, uno por uno todos los pueblos del mapa peninsular, allá en los días de Carlos IV, y de escribir después sus pareceres en veinte tomos, donde

se describen punto por punto todas las maravillas artísticas, y también todas las mamarrachadas antiartísticas de estos reinos. Su repetida lectura dió a nuestro Alfonso, a más del dictado de sabio de sus camaradas, una erudición de segunda mano, poco común en su pueblo, y aficiones irresistibles de viajero. Añádase a esto que todo montañés nace americano, como toda montañesa ama de cría; agréguese el estímulo de la vista diaria de indios que vuelven ricos para pasear por las romerías sus caballos con jaeces de plata a la mejicana, y se tendrá averiguado por cuáles causas nuestro mozo se sintió apoderado un día de la nostalgia de los países desconocidos.

Restuelto a probar fortuna y ver mundo, comunicó su pensamiento con su padre, el cual lo dió por aprobado, porque, como buen ribereño, no creía perfecta la vida del hombre que no hubiera hecho su peregrinación a la Meca de la fortuna, a las Indias. Por el pronto, el mancebo no iría tan lejos, sino a Cádiz, al lado de un su tío, enriquecido en el comercio de vinos, con quien podría hacer el aprendizaje mercantil para pasar luego con más fruto a América.

Salió, pues, una mañana de su pueblo con todo lo que sus padres podían darle: sanos consejos, abrazos fuertes y besos apretados; poca ropa, algunos duros para sus gastos, el viaje pagado y cartas para el pariente gaditano. Despidióle su familia en el extremo del puente largo de la ría, y ante las lágrimas mudas de su madre y el balbuciente "sé feliz, hijo mío" de su padre, Alfonso sintió en los ojos la humedad y en la garganta el nudo de las tristezas puras. Subió la cuesta del camino, y en el recodo donde por última vez se ve el hermoso panorama de aquel puertecillo, volvió la cabeza para contemplar, primero, a aquellos dos viejos que desde abajo le saludaban, y después, cuando ya se los ocultó el repliegue del terreno, para des-

pedirse de aquella casa donde tan bien se hallaba con menos que mediana fortuna.

¡Qué alegre le parecía! Allí estaba la ventana de su cuarto vacío, abierta ya sin cuidado de los nortes, como puerta de jaula sin pájaro. ¡Qué blanda aquella cama, fuera de la cual iba a dormir por primera vez en su vida! ¡Qué hermoso el largo corredor bañado por el sol naciente! ¡Qué confortable el ancho hogar de aquel comedor! ¡Qué provisto de manzanas aquel rústico armario de pino! ¡Qué espacioso aquel corral donde jugaba al toro con los becerrillos! ¡Qué frondosa aquella huerta, y qué vistosos aquellos maizales! ¡Y qué pintorescos la ermita de la Barquera, colgada sobre la ría; el pueblo nuevo de abajo, que se lava los pies en las aguas, y el pueblo viejo de arriba, tirado en fragmentos sobre la colina, con su iglesia maciza, sus casas fuertes en esqueleto, sus palacios caídos, su castillo sin techos ni almenaje, sus rotos muros, conquistados por la hiedra, símbolos petrificados, restos mortuorios de un feudalismo deshecho por el tiempo y abrasado por un incendio.

Tan bello parecía todo aquello a Alfonso, que tuvo tentaciones de volver, como si misteriosos hilos tirasen de él hacia atrás. Pero hizo un esfuerzo, secó una lágrima y espoleó con fuerza el mulo que llevaba, arrojando un suspiro, y con él del pecho aquella que consideraba pusilanimidad de campesino pegado al terruño. Padres, morada, ría, última casa del pueblo, último cubo del castillo y último pico de la iglesia, todo desapareció de su vista, tapado por las sinuosidades del camino.

Marchó en silencio durante media hora, a cuyo término encendió un cigarro; diez minutos después rompió a hablar con el arriero que le acompañaba; cinco más tarde se reía de las rusticidades maliciosas del buen lebaniego; luego le pedía noticia de los

pueblos por donde habían de pasar hasta Santander, y al llegar al primero, más que ganas de volverse, las tenía de tomar puerto en el famoso de Cádiz. Hay en la vida dos sentimientos olvidadizos que atenúan, como calmante poderoso, el dolor de las separaciones tristes: el de la hija que al casarse entra en posesión de sus libertades amorosas, y el del hijo mozo que por primera vez siente la posesión de su persona, de sus acciones y gustos, emancipado de la autoridad paterna. Los padres quedan llorando y los hijos parten riendo. ¡Sabia crueldad y previsora ingratitud de la Naturaleza! Sin ella, la especie humana hubiera acabado en su primera familia y en su primera hora.

Muy hermoso se le figuraba su pueblo, porque no había otro mejor en las cercanías, y muy contento se hallaba en él; pero también encontraba hermosura en los que veía al paso, y también sentía felicidad en la contemplación de aquellos paisajes de la marina cantábrica.

A la segunda jornada ya no pensaba sino en Andalucía y en sus grandes poblaciones, en sus jardines, en sus vinos, en sus patios, en sus rejas y en sus mujeres. Y ya le hormigueaban, con serpenteo de fuego, por las venas las poéticas sensualidades de la vida andaluza, contadas por los jándalos y adivinadas con segura intuición por la mocedad. La decoración imaginaria había cambiado, ganando siempre. Cuando se va hacia arriba en la existencia, el día de hoy es mejor que el de ayer, y la última estancia mejor que la anterior, porque los países interiores del alma joven ganan siempre por la sola magia de la novedad.

¿Sería preciso seguir desde este punto hasta el final, con todo pormenor, los viajes, impresiones, alegrías, asombros y aventuras de nuestro héroe?

Basta a nuestro propósito decir que en Santander se embarcó para Cádiz; que en Cádiz se encontró más dichoso que en su pueblo, y que al cabo de un año de aprendizaje en el escritorio de su tío, obtuvo de éste la comisión de expendir sus vinos por España.

Visitó con sus muestras la Andalucía; se metió en las huertas del reino de Valencia por la provincia de Murcia; subió a la industriosa Cataluña, bajó a Aragón, anduvo las llanuras de Castilla; asaltó las Asturias por la muralla blanca de Pajares, y en todo lugar, así en costas mediterráneas como cantábricas, bajo el sol limpio del Mediodía como bajo el cielo ceniciento del Norte, se halló sano, alegre y feliz.

Indudablemente, el mundo es bueno, sobre todo visto por los anteojos de unas pupilas de veintidós años, que tienen por delante toda una vida virgen que explorar.

A los tres años de viaje, Alfonso conoció que la tierra española se le acababa, y vuelto a Cádiz, donde residió todavía un año más, se embarcó para América. Sirviendo allí ajenos intereses, ya en la Habana, ya en Méjico; un día en las repúblicas del Sur y otro en los Estados del Norte, pasó diez años, al cabo de los cuales pudo establecerse por cuenta propia, dedicado a todos los negocios que su actividad abarcaba y su ambición comprendía.

Afortunado en ellos, nuestro hombre hizo un día balance general, y se encontró con un capital activo de cien mil pesos en oro, y otro capital pasivo de sesenta años de edad.

Los emigrantes montañeses que nacen americanos, una vez enriquecidos, se vuelven españoles.

América es el taller y España el hogar; allí trabajan y aquí descansan.

Alfonso, que había trabajado mucho durante su juventud, tomaba ahora, con su riqueza, venganza justa de su trabajo. Soltero y egoísta, no economizaba placeres a su persona, manjares a su mesa ni comodidades a su casa. Además, comía con apetito y digería con facilidad constantemente, hasta que una tarde, tras agradable comida, sazónada quizás con sales femeninas, se vió acometido por la primera indigestión.

La edad denunciaba oportunamente sus estragos, y el estómago, que es el órgano que se acobarda más pronto en la batalla de la Naturaleza le tocaba retirada.

En las tristezas solitarias de su enfermedad, más penosa que larga, empezó a sentir la nostalgia de la tierra conocida, con igual fuerza que cuarenta años antes había sentido la nostalgia de la tierra desconocida. Tras aquella indigestión, curada al parecer, vinieron otras.

—“El clima de la Habana es mortífero. Estos calores enervan las fuerzas vitales”—se decía, olvidando, o queriendo olvidar, que no era aquel padecimiento accidental y aislado, sino el principio de una enfermedad, larga o corta, pero definitiva; el primer desmayo de las energías de la materia; el primer entorpecimiento de la máquina cansada; vampiros que se apoderan de la sangre para no soltar ya la presa; enemigos que, en vez de huir, se refuerzan cuando se les tiene por vencidos; avanzadas primeras de la muerte.

“En España—según pensaba,—hacía yo atrocidades con mi estómago, y ¡ni un mal cólico!

“A España, pues. Por otra parte, esto comienza ya a aburrirme. Conozco palmo a palmo la isla de Cuba, y, cara por cara, a sus habitantes. Vida monótona, raza floja, buenos ojos, pero las pieles son demasiado morenas.

“El calor es enemigo del sueño y

del apetito, y la inapetencia y la vigilia, enemigos de la salud.

“Y luego, ¿qué lazos me sujetan aquí? ¿Qué cariños desinteresados? ¿El cariño del servidor mercenario? Obligación de su necesidad.

“¿La amistad de los corresponsales? Cambio de intereses.

“¿El trato de cuatro familias? Relaciones de cortesía.

“Afectos de formulario, que ni me estiman vivo, ni me llorarían muerto. Todos serios, todos ceremoniosos; ni un amigo del alma, ni un camarada de la infancia. En España, todo. La amistad por la amistad, las intimidaciones de la antigua penuria; los mozos de mi tiempo, con quienes partía el tabaco y reñía por las mozas. ¡Qué alegres y divertidos ellos! Y ellas, ¡qué vivas y qué graciosas!

“Aquel loco de Frasquito, que siempre me vencía en beber manzanilla. ¡Qué estómago! ¡Pues y aquel Diego, compañero de escritorio, que se las apostaba conmigo a buen mozo! Cuantas queridas tuve, otras tantas quiso quitarme... Y me quitó algunas... bastantes. Pero allá nos andábamos. ¡Qué bofetadas nos dábamos!... Y después, tan amigos. La verdad es que éramos insaciables.

“¡Y aquella Angeles de Cádiz! ¡Y aquella Angustias de Granada! ¡Y Pepina la de Oviedo! ¡Qué historias, qué mujeres y qué tierra! Aquello es vivir. ¡Vaya, a España!”

Y dicho y hecho. Dos meses después de este monólogo, Alfonso, apoyado en la mura del vapor correo, veía achicarse y achicarse hasta desaparecer en la línea del mar la tierra cubana, de la cual se alejaba con rumbo a España.

Hizo la travesía sin novedad. Solo, sí, le pareció advertir durante ella, que el buque no tenía todas las comodidades de la moderna industria naviera. El viaje empezó a ser largo, en opinión de Alfonso.

—“El mar es el mismo; luego estos

capitanes de ahora desvían del rumbo, o estos barcos no andan,—decía al noveno día de navegación.—Ello es que la travesía va haciéndose molesta, lo cual no me ha sucedido nunca. Recuerdo precisamente la primera que hice treinta y cinco años ha. ¡Quién tuviera los vapores de mi tiempo! ¡Oh, aquel *Rápido* sí que era cómodo y andador!”

Sin embargo, y con permiso de nuestro navegante Alfonso, el celebrado *Rápido* era ya en aquella fecha un viejo y desvencijado vapor de ruedas, que nunca anduvo más de cuatro o cinco millas por hora, con buen tiempo, y el vapor que montaba en esta ocasión era uno de los mejores trasatlánticos, hermoso modelo de ingeniería naval.

Pero al fin, más o menos quebrantados los huesos, nuestro hombre llegó a ver una noche el faro de Sanlúcar, y, al amanecer, la costa española, término de sus molestias y tierra prometedora de sus sueños.

Y unas horas después, ¡qué emoción mezcla de placer y de miedo, sintió al pisar en el muelle de Cádiz la misma grada que había pisado al embarcarse para América! Entre ambas pisadas mediaba una vida. La primera fué firme; sobre ella gravitaba un cuerpo lleno de juventud y de esperanzas; la segunda fué vacilante; sobre ella pesaba un cuerpo cargado de años.

¿Qué había pasado durante su ausencia? Mucho tiempo; pero ¿qué significa eso en el andar del planeta? El mundo y la humanidad son siempre los mismos. La gente será más vieja, pero hará lo mismo que hacía. Así opinaba nuestro viajero.

Desde luego, sabía que su tío estaba enterrado y que la casa se había deshecho. ¿Vivirían los camaradas y amigos de su tiempo?

Y aquí empiezan los prodigios de esta historia, que asombraron la imaginación y amargaron la existencia de Alfonso.

Su primera operación fué buscar al que había sido su mejor amigo en Cádiz, al famoso bebedor de manzanilla, Frasquito, al cual encontró instalado en una menos que decente casa, amueblada con mal disimulada pobreza. Como habían vivido muy juntos, se reconocieron sin vacilar, y se abrazaron sin decirse otras palabras de afecto, sino sus nombres respectivos.

Estaban, indudablemente, más viejos de lo que esperaban ellos mismos. Pero pronto la imaginación y el cariño comenzaron la piadosa obra de engaño con que saben idealizar las realidades feas.

Siempre que dos personas queridas se ven después de muchos años, la primera vista es la única que no engaña. Al cuarto de hora de mirarse y remirarse, ya no hay sinceridad en los ojos; el deseo ha suplido lo que falta. Nada desfigura tanto un rostro como la costumbre de verlo.

Recordando lo que fué la persona, la imaginación rectifica las líneas descompuestas, la memoria recompone el edificio arruinado, el cariño revoca los colores caídos, y la figura, la voz, los gestos y la expresión quedan retrotraídos al estado y momento en que los dos amigos se separaron, como los fragmentos esculturales bajo la mano del arqueólogo, que reconstruye una edad con cuatro datos epigráficos.

Sólo por efecto de esta restauración arqueológica pudo decir Frasquito a Alfonso, mirándole fijamente y abrazándole otra vez:

—Decidamente no ha pasado día por ti.

—Pues, por mi parte, te encuentro algo cambiado.

—Es que he llevado peor vida que tú. Ya ves—añadió señalando con ademán elocuente a los muebles;— he prosperado poco.

—Pero al verte, me parece que fué ayer cuando tomamos la última borrachera.

—¿Y serías capaz todavía de empalmarla con la de hoy?

—¿Por qué no? Cabalmente he venido sólo por volver a aquellos tiempos, a nuestros grandes tiempos. América me sentaba mal. He padecido de dispepsias, y el médico me tenía prohibido allí el uso de bebidas alcohólicas. Aquí usábamos y abusábamos de ellas sin peligro; por eso me vuelvo. Oye: hoy no he podido probar bocado a bordo, y como es ya hora conveniente, te vienes a comer conmigo: entre plato y plato, nos contaremos nuestra vida, y entre botella y botella, recordaremos nuestras aventuras.

Fueron las ostras el aperitivo con que empezó la comida, y la deseada manzanilla el vino para ellas.

—¿No adviertes algo extraño en esta manzanilla?—dijo Alfonso al gustar la primera caña.

—Nada absolutamente — respondió Francisco, bebiendo también.

—¡Ah, sí! o está disipada, o torcida, o siempre fué mala. ¡Mozo, esta manzanilla es de química!

—No es de ahí, ni por acá se conoce ese pueblo: es de Sanlúcar, señorito; legítima y superior.

—Bueno; trae otra botella de la marca mejor.

Segunda caña: la manzanilla nueva seguía siendo mala.

—A ver, pruébala tú, Frasquito, y dime francamente si ésta es la manzanilla de nuestro tiempo.

—La conozco, la he seguido día por día; es la misma, y aun mejorada.

—Te digo que no me sabe de la misma manera.

—¿Querrás hacerme creer que ha perdido sus virtudes la tierra de Sanlúcar?

—¿Y querrás tú convencerme de que ha mejorado?

—La elaboración sí.

Alfonso habló largamente de la buena manzanilla de su tiempo.

—Pues ¡y estas pescadillas! No saben a nada.

—¿También pretendes que haya cambiado el mar de Cádiz?

—No sabrán freirlas. ¡Oh, las pescadillas de nuestro tiempo hicieron famoso a Cádiz!

Y dejó el plato de pescadillas.

—¡Y la carne! No se puede comer ni digerir. La cocina inglesa es insoportable.

—Pues conserva mejor la sustancia de los alimentos.

—Pero la comida andaluza ha perdido su carácter. ¡Oh, la ternera de nuestro tiempo!

—¿También crees que ha cambiado el carácter de las terneras?

Semejante burla no sentó bien a Alfonso, rico señor acostumbrado al humilde servilismo negro de América.

—El tuyo sí que ha variado; eres agrio como el vinagre.

—Después de todo, opina como quieras; no tengo interés en defender una manzanilla que no hago, ni una comida que no pago.

—En nuestro tiempo...

—Desengáñate; en nuestro tiempo, teníamos el mejor cocinero del mundo, el que no podrás pagar con todo el oro que traes: el apetito.

—Este pobre Frasquito ha cambiado de gustos y de carácter. No es el mismo de nuestro tiempo, se decía Alfonso cuando dos horas después se separaban ambos amigos.—¡Pero ahí estará mi Diego, mi eterno rival, mi invariable Diego!

Y, en efecto, a la mañana siguiente, buscó a su Diego, que le recibió con

verdadero cariño, en un lindo comedor y en compañía de una señora blanca de pelo y abultadísima de formas, y de dos señoritas no muy jóvenes, pero muy agraciadas.

Alfonso saludó ceremoniosamente con la cabeza a las señoras.

—¡Cómo!—exclamó Diego. — ¡Es ese todo el recuerdo eterno que le juraste el día de tu embarque? ¡Y a volver a verla, ni siquiera le alargas la mano! Es Angeles, la última novia que te quitó; bien es verdad que pagué cara mi traición: me casé con ella. Estas son nuestras hijas.

Alfonso se disculpó como pudo de la torpeza de no haber conocido a Angeles; torpeza fácil de disculpar, porque tampoco Angeles había conocido a Alfonso.

¡Cómo reconocer aquella primitiva cabellera de ala de cuervo en las cuatro canas de esta cabeza, ni aquella figura ágil y nerviosa en los rollos de carne colorada que por todas partes le sobraban!

La buena señora no manifestó el menor embarazo por verse frente a frente del hombre a quien había engañado; antes bien, esto fué motivo para dar prontamente tono de familiaridad a la entrevista.

El almuerzo empezaba entonces, y Alfonso fué convidado con insistencia tan tenaz, que se sentó a la mesa entre las dos hijas de Diego.

Como no había perdido sus aficiones galantes, puso toda su atención en ellas, prestando poca a su antiguo amigo, cuyas preguntas curiosas satisfacía lacónicamente, y ninguna a su vieja novia, la cual, a su vez, tampoco se inquietaba mucho por esta indiferencia. ¡Había pasado tanto tiempo y se hallaban tan envejecidos!...

Respirábase en la casa un sano ambiente de bienestar; la vida de aquella familia parecía feliz; las niñas eran agradables, y ante aquel espectáculo pasó por la imaginación de Alfonso una como ráfaga de envidia, y quizá,

más que envidia, deseo vago de hacer suegra á la que pudo hacer esposa.

Ello es que empezó a mirar a la hija mayor, quien respondía con sonrisas de benévolo agrado a las miradas del viejo, siempre que las encontraba, aunque no hacía, en verdad, esfuerzos para encontrarlas. La piropeó, y ella se limitó a dar las gracias, sin hacer tampoco nada para obtener nuevos piropos.

Hablábale del amor y de los novios, y ella se ruborizaba sinceramente, y no con el rubor estudiado con que suele provocarse al atrevimiento en semejantes casos. Cortaba, en vez de enredar, el hilo de estas conversaciones, siempre interesantes para toda mujer.

Alfonso estaba maravillado de esta frialdad.

—“Esta chica es de mármol”—se dijo; y fué volviendo hábilmente la plática a la otra hermana. Era más habladora y más curiosa. A las preguntas contestaba con preguntas, y a las observaciones con observaciones. Pero acaecía que, si Alfonso le hablaba de la felicidad conyugal, ella quería saber cómo era y cuánto costaba la vida en la Habana; y si el viejo preguntaba cuántos novios había tenido la niña, la niña preguntaba cuántos miles de duros había reunido el viejo.

Nunca consiguió de ella una réplica congruente, con lo cual nuestro antiguo conquistador seguía cada vez más maravillado del carácter de las muchachas del día. Si una era de hielo, otra era toda interés.

Concluido el almuerzo, ambos amigos quedaron solos con las tazas de café sobre la mesa. El diálogo, tomando entonces rumbos más íntimos y expansivos, recayó bien pronto en lo que había de recaer, dada la historia especial de aquella amistad: en los recuerdos de las aventuras amorosas y en el recuerdo de las mujeres de antaño.

—Pero, chico—decía Alfonso— éstas no son las mujeres de nuestro tiempo.

—¡Cómo han de ser! ¡Buenas estarían si fueran aquéllas! Son las hijas de las mujeres de nuestro tiempo.

—Quiero decir que no son como aquéllas. ¡Las de entonces! ¡Qué gracia! ¡Qué despejo! ¡Qué calor! Sobre todo, ¡qué calor! No había que echarles más que una mirada; ellas buscaban la segunda; se les dirigía un piropo, y con sus dengues encontraban dos; se les hablaba de amor, y ya no había modo de desenredar la conversación si no era enamorándolas de verdad.

Esta juventud, ni es juventud, ni siente, ni quiere, ni vive. Estos vástagos no son de aquella casta, ni esta frialdad es heredada. ¡Qué comparación cabe entre estas estatuas y aquella Angeles, tan viva, tan revoltosa, tan alegre de cascos, que dejó a un alférez de marina por mí, y a mí por su esposo!

Por supuesto, que Alfonso no comunicó las últimas reflexiones por respetos a su íntimo amigo; se las hizo discretamente para sus adentros, mientras buscaba en su petaca el mejor cigarro para su antiguo rival.

Bueno será decir que encontró malo el almuerzo, aunque también guardó el secreto por cortesía.

Algo contrariado con lo que hasta entonces le sucediera, se dió Alfonso a visitar las amistades y los sitios de Cádiz, de que él había conservado opinión tan grata y memorias tan queridas.

Todo, sin embargo, le pareció cam-

biado. Las famosas mujeres gaditanas, menos agraciadas; el trato, siempre alabado por su dulzura, más áspero; los días más largos; las noches, menos divertidas; el cielo, menos limpio; las calles, más estrechas; la bahía, más pequeña; todo, en suma, achicado a sus ojos: la realidad presente no correspondía con la realidad pasada.

Aburriase en su antiguo paraíso, y lo abandonó desilusionado a los ocho días de entrar en él lleno de ilusiones.

—Cádiz ha perdido mucho—decía, arrellanándose en el vagón del camino de hierro.—La vida se ha trasladado indudablemente a las ciudades interiores de Andalucía. ¡Oh! ¡Sevilla! La felicidad ha ido a vivir a Sevilla durante mi ausencia.

Pero, con asombro de nuestro hombre, Sevilla estaba tan cambiada como Cádiz. Desde las mujeres de los barrios hasta el aroma de los naranjos; desde el suelo hasta los monumentos; naturaleza y arte, todo parecía distinto.

El río, sucio y pobre; Triana menos alegre, las Delicias, tristes; la Torre del Oro, raquítica; la Lonja, estrecha; el Alcázar, obra de confitería; la Catedral y la Giralda, desprovistas de las proporciones gigantesas con que Alfonso las veía desde América, a través de los mares y de los años. Y cansado también de Sevilla, resolvió visitar las poblaciones donde se había sentido feliz en sus mocedades, hasta encontrar la que no hubiera perdido el carácter y el atractivo que en aquella sazón tenía. Y así como entonces en un mal mulo y con la bolsa vacía se echó por el mundo buscando impresiones desconocidas, ahora, cargado de oro, y en ferrocarril, rodó por media España buscando la felicidad gozada en los parajes que tienen los alrededores más bellos del mundo, pero también los más mudables: los alrededores de los veinticinco años.

Le pareció Córdoba desierta, y sombría su Catedral, bajo cuya techumbre chata se ahogaba la oración y el espíritu no volaba como en las libres elevaciones de las naves góticas. Hasta las paredes y los arcos de herradura habían perdido su aspecto noble en la restauración de los primitivos colores arabescos, cuya herética hermosura oriental cubriera en lo antiguo, con capas de piadosa cal, un obispo tan enemigo del Korán como del arte.

Granada era una ciudad petrificada: la vida, absorbida por la piedra, estaba totalmente en los monumentos. Y sin embargo, no le pareció tan asombrosa como antes aquella Alhambra, donde había sentido arrobamientos estéticos parecidos a éxtasis amorosos, ni le parecieron los jardines del Generalife tan risueños, ni los valles del Darro tan pintorescos como lo eran cuando los recorrió la última vez con Angustias, su hermosa granadina, hoy cargada de años, de achaques y de nietos.

Alfonso seguía aburriéndose.

— ¡Ah! — pensó: — me voy a Madrid. España estará en Madrid. Allí está el corazón, allí estará la sangre; allí el cerebro, allí el nervio. No habrá naturaleza, no habrá monumentos, pero hay mundo; no se recuerda lo pasado ni lo eterno, pero se goza de lo presente. Allí la vida social, el placer de los sentidos, la emoción desvanecedora del torbellino. Allí fui años atrás feliz, con la felicidad del mareo suave, con la atracción de lo opulento, el deleite del lujo y de la presentación aparatosa; el resplandor teatral; la dicha fabricada por el artificio, pero al cabo dicha y resplandor.

Y sin embargo, pasados veinte días en la villa coronada, Alfonso se persuadió de que aquel Madrid no era el Madrid que él buscaba.

Barrios nuevos, donde había eriales antiguos; calles abiertas, donde había casucas malsanas o conventos destartados; la población socavada por un río que se derrama dentro de su cuerpo por muchas arterias, llevando sangre de vida y limpieza adonde antes había sequedad y podredumbre; las viejas plazuelas, de polvoroso suelo, convertidas en jardines regados por lluvia artificial; plazas espaciosas, vías derechas, edificios ostentosos, paseos y parques arrancados al privilegio tradicional; palacios, teatros y circos desconocidos; medios ignorados de locomoción; electricidad en el alumbrado y electricidad en la vida; más movimiento, más confusión, más luz, más comodidades en la villa transformada, no con el falso revoque que una vieja verde presta a sus arrugas en el tocador, para dejarlo otra vez en la cama, sino con la renovación completa de un pueblo que nace de otro pueblo, con la pulcritud de las poblaciones cultas y el aire propio de los tiempos modernos.

Alfonso no dejaba de reconocer todos esos adelantos y ventajas, aunque en medio de ello echaba de ver la falta de algo irremplazable; el pueblo, al mudar de aspecto exterior, había mudado de carácter interior; el exceso de policía lo había adulterado, y ya no era el pueblo legendario, alegre y heroico de las manolas y los chispeiros, del amor, la camorra y las aventuras.

Alfonso se desesperaba viendo las cabelleras negras guardadas bajo el sombrero francés, en vez de lucidas, como antes, por entre los graciosos festones de la mantilla española, y buscaba en vano el calañés en los barrios bajos; sólo encontraba chulos con hongo, y aun toreros con ameri-

cana, como si fueran negociantes de algodón de Nueva York.

Las mujeres habían perdido, no solamente su gracia clásica, sino hasta el color madrileño. Sólo había blancas y rubias. El blanco de cera y el tinte de oro habían acabado con la fisonomía meridional.

Por lo que tocaba a sus antiguas amigas, Alfonso no encontró ni aun las casas ni las calles donde vivieron; lo cual le produjo la misma sorpresa que a Don Quijote la desaparición de su librería caballeresca por arte de encantamiento; y por lo que hace a comidas, Lhardy, Fornos, "Los Cisnes" y "El Inglés", servían solamente platos indigestos, bajo denominaciones exóticas, inferiores desde luego, en gusto y en provecho a los manjares con que el famoso Perona alimentó invariablemente a los golosos de la generación pasada.

Pues ¿y las ciencias? ¿y las letras? ¿y las artes? ¿y la política? En España no existía ya aquella ciencia sólida que dejaron los conventos y los claustros de Alcalá y de Toledo.

El catedrático más profundo de las Universidades nuevas, no pasaba de ser lo que anteriormente se llamaba un erudito a la violeta: poca cantidad de muchas ciencias.

Los políticos no tenían virilidad, ni los oradores arranques; sus discusiones eran torneos retóricos sin consecuencias.

Ni había tampoco escritores, ni autores dramáticos, ni novelistas; la literatura decaía de año en año, falta de fantasía, de soplo poético y de idealismo. Lo extraordinario había desaparecido del libro y del teatro, y los autores se empeñaban en llevar ideas graves y realidad de vida a lo que debía ser engaño deleitoso y ficción ligera, propios solamente para el entretenimiento de unas cuantas horas desocupadas.

Las producciones parecían relatos

de cosas acaecidas a un cualquiera en el gabinete de su casa.

Por su parte, los actores estudiaban el modo de parecer desde el tablado hombres como los que estaban en la platea. Para esto, ¿qué falta hace el teatro?

Nada de maravilloso, nada de lances, aventuras y héroes singulares. El plural de la vida común los había absorbido.

Harto, en fin, de Madrid, y desengañado de la vida moderna, Alfonso quiso averiguar si encontraría en la vida antigua algo que no hubiese decaído y mudado durante su ausencia, algo que hubiese burlado al tiempo.

—Pueden cambiar fácilmente—pensaba—las costumbres de un pueblo, el carácter de una raza, el aspecto de un país, las caras de los individuos. La gente envejece, y, al envejecer, pierde: esto es natural. Pero no habrán cambiado, no pueden cambiar los caracteres de la España monumental, la majestad de sus grandes templos, la cara de sus viejas torres y murallas. Han envejecido también, es verdad; en la vida del arte monumental, el tiempo ayuda en vez de perjudicar a la belleza; a mayor edad, mayor hermosura. Y visitó Toledo, Burgos, León, cuyos vestigios históricos habían encantado sus sentimientos artísticos cuarenta años atrás.

Era la última investigación que le quedaba por hacer. Y he aquí la carta que después de ella enderezó a un su amigo de la infancia, de los muy pocos contemporáneos que en San Vicente de la Barquera habían resistido al roer destructor de tantos años.

"Querido amigo Leandro: Te escribo lleno de asombros y dudas. O yo me he vuelto loco, o el mundo se ha vuelto del revés. No lo conozco. La Naturaleza ha cambiado y el globo terráqueo está, sin remedio, próximo a un cataclismo. El termómetro avisa un desequilibrio profundo en nuestra España. Rusia y el Senegal se han dado cita en ella. El invierno es insufrible por frío, y el verano por caliente. La mortalidad es grande, y las enfermedades son muchas: lo comprendo; la Península, antes envidiada por la suavidad de su clima, es ya inhabitable. Los árboles dan frutos insípidos, y las carnes son indigeribles.

"En cuanto a la sociedad, ¿qué te diré? No la hay. Los hombres son por dentro mujeres, y las mujeres hombres por dentro y por fuera. La mayoría de unos y otras, triste y empalagosa. Ellas, sin fuego; ellos, sin brío. La ciencia, gárrula; la literatura, muerta. Ni los artistas tienen fantasía, ni los cantantes voz. La manzanilla, mala. La política, podrida. ¿Dónde están los milicianos progresistas de nuestro tiempo? El alcázar de Toledo no es más que un cuartel, y la catedral parece condenada a emparedamiento entre las calles mezquinas que la cercan. La catedral de León se ha venido a tierra. Burgos no parece ya la ciudad de los jueces y los condes: los huesos del Cid no están en Cardena, y hasta se me figura que la hermosa Magdalena de la capilla del Condestable mira de otra manera que miraba. Todo, en fin, está trocado y perdido, hasta el honor. No es ésta la España de nuestro tiempo, la patria querida que yo soñaba en las tierras americanas. Así es que, acongojado por tales desengaños, he resuelto volver a mi pueblo. Allí sí que estarán las cosas y las personas como las dejé. ¡Mis amigos, mis camaradas, mi casa! Todo inviable.

"Voy, pues, a reanudar el hilo de la existencia en el punto en que lo

corté: el nudo es un poco largo; lo marcan algunas arrugas en la piel, pero nada más. Prepara, por tanto, los brazos, para recibir en ellos a tu fiel amigo, *Alfonso*."

Leandro, que era también el amigo más leal de Alfonso, al cual no había visto desde cuarenta años atrás, se adelantó para recibirlo hasta Torreleva.

Sus nativas inclinaciones llevaron como de la mano a Alfonso a detenerse en Santillana. Encontróla así mismo cambiada.

—No te esfuerces, querido Leandro. En vano tratarás de hacerme ver sino lo que ven mis ojos claramente. En vano intentarás demostrarme que esta Santillana de ahora es aquella Santillana famosa en las historias y adorada en mi corazón. No son éstas aquellas calles de casas fuertes y vistosos palacios que olían a Edad Media, tanto, que se esperaba ver en ellas al belicoso señor feudal y la altiva rica hembra, antes que al pacífico montañés con la azada al hombro, y a la robusta campesina con el cuévano a la espalda. No es ésta aquella hermosa colegiata románica, llena de sombras y de misterios, ni éste su claustro, cuyos arcos achatados ornaban fantásticos figurones, y en cuyo suelo dormía la muerte en viejos sarcófagos; todo imponente entonces por la doble majestad del arte y del tiempo; hoy imponente sólo por el miedo de la muerte y el horror de lo nauseabundo.

—Lo mismo están que estaban claustro y sepulcros—decía Leandro;—pero en la mocedad los mirábamos, sin pensar más que en el arte; hoy los

miramos pensando en la muerte, como quien ve la morada vecina que le espera y ha de encerrarlo de un momento a otro.

Ni satisfecho ni agradecido Alfonso con la explicación, calló, temiendo provocar otras del mismo orden, y siguió su camino hacia San Vicente de la Barquera. Leandro, por su parte, se propuso guardar, y guardó sistemático silencio ante las ciegas observaciones de su amigo. Y de esta suerte llegaron hasta dar vista a la deseada villa de la Barquera.

—No me parece—dijo Alfonso con tristeza y después de algunos momentos de ansiedad,—no me parece tan bonito como era nuestro pueblo.

—Pues está muy mejorado.

—¿Y mi casa?

—Aquella de la izquierda. ¿Pues qué! ¿no la conoces?

—No la hubiera conocido si no la señalas. No parece la misma.

—Sin embargo, lo es.

—Diría que está en otro sitio.

—Amigo mío, tan torcidamente ves las cosas, que por ese camino llegarías a sostener que los mismos Picos de Europa que allí vemos, no están donde estaban.

—Y si no te incomodaras, y si no te pareciera yo loco, me atrevería a decir que no están.

—Vaya, decididamente el clima de América te ha trastornado el juicio, pobre amigo mío.

Y en esto llegaron a la casa de Alfonso.

Como ya era tarde, y el viaje no había sido corto ni cómodo, Alfonso pidió al lecho el descanso de que necesitaba su cuerpo.

El mal sueño, porque no fué tranquilo, y además la impaciencia que le cosquilleaba, levantaron muy de mañana a nuestro hombre, que, después de visitar rincón por rincón su casa, salió de ella en busca de sus amigos.

Nuevos reconocimientos y nuevos desencantos.

Y al volver a su casa se echó medio llorando en brazos de Leandro, diciéndole:

—Esta casa es muy mala, y sobre todo muy triste; el pueblo, un corral; son sucios escombros sus antiguéddes; los amigos, fastidiosos; las mujeres, insoportables; los paisajes monótonos, y la ría un lodazal insalubre. Mi última esperanza ha muerto: mi pueblo es como los demás pueblos, como todo el mundo; el planeta es ya inhabitable. ¡Ah, nuestro tiempo! En nuestro tiempo, el mundo era otro.

—Nuestro tiempo era como éste y como todos los tiempos, —contestó enojado Leandro, cuya amistosa paciencia quedó agotada.—Ahora, ven, mentecato, y verás por tus propios ojos la razón de esos que te parecen prodigios inusitados.

Y llevándole ante un espejo continuó:

—Mírate, y después, dime si con esa cara arrugada puedes agradar a las mujeres, para que ellas procuren agradarte; si con ese gesto que la edad avinagra, pueden parecerte amables los amigos que como tú la tienen; si por el conducto, ya mohoso, de esos oídos, puedes percibir voces delicadas; si por ese paladar borroso puedes gustar algo que no te sepa sino a manjar desabrido; si con esos ojos medio ciegos, puedes apreciar las líneas tenues y los colores suaves; en suma, si con un alma desgastada y un cuerpo atormentado siempre por irritantes padecimientos y malos humores, hay arte que complazca, música que contente, monumento que agrade, ciencia que persuada, política que convenza, paisaje que alegre ni compañía que satisfaga.

—Tienes razón en parte. Las dolencias físicas ennegrecen todo lo que se ve. Pero confiesa, a lo menos, que antes había médicos que me las curasen.

—Porque entonces tenías a tu servicio los dos mejores médicos: la ju-

ventud y la fuerza; ellas solas te curaban. Por lo demás, nada ha cambiado ni decaído, fuera de ti; el único cambio que existe, va dentro de tu naturaleza. Dentro, llevas ese hastío del mundo; dentro, ese aburrimiento de las gentes, y dentro, hasta el frío que crees advertir en la temperatura. Todo está como estaba y es como era; pero se ha ahumado el cristal con que lo miras, y siempre el hombre que ciega imagina que se ha apagado el

sol, cuando los apagados son sus ojos mismos.

—Y, en efecto, — concluyó tristemente Alfonso, — los tísicos creen que les falta aire para respirar, y en realidad lo que les falta es pulmón para respirarlo.

Y desde entonces vivió, el poco tiempo que vivió, convencido de que en el mundo, lo verdaderamente triste, feo e inhabitable, es un cuerpo de sesenta y cinco años.



CÓMO ARGUMENTAN LAS MADRES

DIALOGO PARA LOS DESCASTADOS

Lugar y tiempo de la acción: un campamento en días de la guerra de los germanos, levantados por Arminio contra la dominación de Roma.

I

Tu esposo era una de las cabezas principales de la tribu. Las virtudes de su padre lo elevaron al primer rango. Su propio valor le dió puesto preeminente en el ejército que defiende la independencia de nuestra raza, la propiedad de nuestro campo, la pureza de nuestra religión, la castidad de nuestras esposas, la vida de nuestros hijos.

Pero su proceder le ha hecho indigno de su padre, de su madre, de la confianza de sus gentes.

—¡Qué! ¿Mi esposo está acaso vencido por las legiones de ese a quien Roma llama *Germánico* y Germania llamará siempre enemigo?

—¡Ojalá fuera vencido, que entonces lloraríamos nuestra mala ventura, pero no nuestra deshonra! Duele la derrota, pero mancha la cobardía.

—¿Acaso ha perdido su escudo, des-

colgado de su brazo flojo, como las lágrimas se descuelgan de los ojos del niño cuando siente el alarido de la batalla? ¿Acaso ha huido ante esas águilas muertas con Varo, de las que se burlan ya hasta nuestras doncellas?

—¡Ojalá huyera! Que entonces las flechas enemigas, más veloces que los pies, se le hubieran clavado como rayo de los dioses, en las costillas, matándolo como a los cobardes, de cara al lodo y con la espalda al cielo.

La cobardía mancha al que la tiene; pero la traición deshonra al que la ejecuta, y además asesina a quien la recibe.

—Pero... ¿de cuál traidor habláis?

—De tu esposo. Con Sigimero, digno hermano del vil Segesto, se ha pasado a las banderas romanas, vendiéndoles su nombre, su escudo, la

honra de la tribu y la santidad de sus dioses.

Ha entrado al servicio del César. En el Rhin era cabeza de mil germanos; en el Tíber es un siervo más, que sigue con la plebe el carro de los triunfadores, vitorea a Tiberio en el circo y se postra en el atrio de los patricios.

Se ha desceñido la veste guerrera, el sayo corto de piel de venado, arreo propio de los hombres libres, porque deja en desnuda independencia brazos y piernas, y se ha enfundado en la larga túnica mujeril de la raza latina, vestidura propia de los esclavos, porque estorba a las piernas para avanzar y embaraza los brazos para combatir.

—Tú, gran sacerdote y jefe de la tribu, no me engañas, porque no puedes engañar quien tiene en su boca la lengua de los dioses. Pero sin duda has sido engañado por los que tienen en su corazón la envidia de los hombres.

—No, mujer; ni me han engañado ni te engaño. ¡Ojalá te engañara! Bien saben los dioses que mejor quisiera ahora el pecado de la mentira que el dolor de esta verdad.

—Dime, si quieres, que mi esposo es prisionero de los romanos; que, temerosos de su valor, le han arrebatado por ardid o por fuerza; pero no me digas que engendró traiciones quien engendró a mis hijos.

—Porque tus hijos son hijos de traidor, y por ello hermanos de la traición, vengo a hablarte en nombre de las cabezas de la tribu. El ejército sin jefe vuelve roto y deshecho; el enemigo invade nuestros bosques y amenaza nuestro campamento; nadie osa a defenderse, porque con el ejemplo de la traición no hay soldado que se fíe ya del compañero; el pueblo, irritado y en motín general, pide satisfacción para Germania y castigo para la deslealtad. Es forzoso apaciguarlo.

—¿Buscan los germanos al desleal? Ya saben que está en Roma. ¿Son tan valientes? Pues vayan a Roma por él.

—Quizá estuviéramos ya camino de Roma si estas traiciones no lo impidieran. Por eso es mayor la ira pública, que cae siempre sobre lo que tiene a la mano.

—¿Y qué quiere?

—El sacrificio de los hermanos de la traición.

—¡Eso no! ¿Qué tiene que ver la tribu con la vida de mis hijos? ¿Acaso ella se la ha dado como a hijos de meretrices? Sacrifique los que haya engendrado en común, carne pública de lupanar.

—Pero te los han dado los dioses, y los dioses están ofendidos con quien ha renegado de ellos. Su cólera se manifiesta patente por calamidades en la tierra y prodigios en el cielo. Ellos, por boca de nosotros, sus sacerdotes, ordenan el sacrificio.

—Los dioses no ordenan crueldades innecesarias. ¿Para qué les sirve la sangre de un gusano de la tierra, si pueden aplacarse cuando quisieran?

—Los ritos de nuestra religión lo prescriben; no eres la primera ni serás la última madre despojada de sus hijos. Es locura porfiar con los pueblos y los dioses. Siempre prevalece su poder, que es como la corriente del sagrado Rhin, que no tiene más riberas sino las que ella se hace. ¡Síguela si quieres vivir, pero no le pongas presas, porque no es el río el que se para, sino la presa la que perece! Tienes cinco hijos: escoge el que haya de ser sacrificado.

—No escojo, porque entonces yo lo sacrificaría.

—Ni por eso lo librarás del sacrificio. El pueblo te arrebatará uno cualquiera, y acaso sea el más amado.

—Pues bien, reunid a las madres de la tribu: ellas escojan entre los cinco.

—Con el poder del jefe de la tribu y la autoridad del sumo sacerdote, venimos a ti mujer, para elegir entre tus hijos el que haya de ser sacrificado.

—Aquí están los cinco juntos y dispuestos: escoged, madres de la tribu, como si hubierais de escoger entre los vuestros.

—Lo escogeríamos para marido de una hija; para la muerte, no. Seríamos sus homicidas, porque quien escoge uno pudiendo escoger otro, ese lo mata. Echémoslo, pues a la suerte, mátelo ella, que no tiene ojos para las desdichas ni oídos para las quejas de los hombres.

—La mala suerte irá derecha al más desgraciado. ¿Y por qué ha de morir ese? La desdicha es acaso delito que merezca la muerte?

—Dices bien. Muera el que haya sido hasta ahora más venturoso. Alguna desgracia había de tocarle. Sea el primogénito. Ha gozado más tiempo que los otros de la luz de la vida, de los bienes de su padre, de las caricias de su madre.

—Pues por eso os lo niego. ¡Estoy tan acostumbrada a verlo, que al llevaros su vida os lleváis también la mayor parte de la mía! Los dioses piden el sacrificio de un hijo, pero no el de su madre.

—Sea, pues, el menor, ya que mides el cariño por sucesión de años y noches, como si fuera costumbre que se adquiere, más bien que sentimiento espontáneo que se impone.

A más de esto, tal vez gane con mo-

rir cuando su inteligencia no discierne el bien y el mal, y antes que la madurez le enseñe el baldón de su casta. Tú también pierdes menos perdiéndolo, porque ahorras los cuidados que necesita su niñez. ¿Para qué sirve ahora a tu casa ni a su tribu? Sus manos pequeñas han de robarte muchas manzanas antes que puedan manejar el instrumento de labranza con que arranque su propio sustento a la tierra. Sus miembros débiles han de sufrir muchos golpes y torturas antes que puedan soportar el peso del escudo y de la frámea para defender nuestra nación.

—¿Y acaso pertenece a la raza de esclavos que se tasan por lo que aprovechan, como el buey y el caballo? ¿Por ventura lo he criado para instrumento de trabajo? ¿Es niño y débil? ¿Y qué? No pisoteéis por inútil la raíz, que ella será tronco fortísimo. Si vuestras madres y las madres de vuestros esposos hubieran discurrido como vosotras, ¿dónde estarían ahora vuestros hermanos y maridos, que son gloria de vuestros ojos, sostén de vuestra casa, y defensa de nuestra tribu?

¡Ay! ¿Que entonces las legiones cesáreas no habrían encontrado pueblos grandes ni razas numerosas en los bosques de Germania!

No puede cazar fieras montaraces; pero, mientras otros las cazan, él puede guardar ganados mansos; que si le falta fuerza para defenderlos de los lobos, le sobra ternura para desviarlos de los despeñaderos!

Aun sobre eso, es el más inocente

de las culpas de su padre. ¿Qué sabe él de traiciones y perjuros? ¿Qué valdría a los dioses su sacrificio, si su lengua, no enseñada todavía a hablar claro, no sabría decirles ni la ocasión de su muerte? ¿Cómo los satisfaría del agravio paterno, si es tan pequeño que acaso profanaría la ceremonia invocando ante el ara misma el nombre maldecido de su padre para que lo defendiera de los sacerdotes?

—Sea entonces la mayor de tus hijas.

—¡Ay! Que mi Turismunda es muy hermosa para dar a la cuchilla ese cuello blanco y redondo, envidia de nuestras doncellas y codicia de nuestros mancebos! Consultad antes con vuestros hijos, y ved si quieren para los dioses lo que ellos quisieran para su corazón.

¿Dormirá eternamente con los guisanos de la tierra la que nuestros príncipes pretenden para encanto de su lecho? ¿Vais a esterilizar por el hierro ese seno robusto preñado de esperanzas, y destinado quizá a encastar prole de héroes que honren la Germania? ¡Ella, tan dulce en la paz, tan animosa en la guerra! ¡Ella, que ha ganado por sí sola más batallas que todos nuestros capitanes, porque cuando acompaña a nuestro ejército los cobardes se hacen valientes por no sufrir sus miradas de desprecio, y los valientes se hacen héroes por verse luego coronados con los lauros que les teje de las encinas sagradas!

—Sacrifica a tu hija segunda. Es blanca y rubia, pero no tiene la hermosura ni el ánimo varonil de la primera. Tímida como la corza que tiembla al ladrido de los perros, no hace héroes en la pelea.

—Pero laboriosa como la hormiga, hace el granero en la casa. Sin sus cuidados, ¿qué sería de nosotros el día en que la edad rinda mis manos? Bajo las suyas se multiplican las de los siervos, menguan los gastos de la vivienda y crecen los frutos de la he-

redad. Vela para que yo duerma y anda para que sus hermanos reposen.

Nunca el sol la ha visto dormida, ni las primeras estrellas parada. Me pedís más que los dioses: ellos quieren que caiga una cabeza; vosotros, que caiga toda una familia.

—Dales tu tercer hijo. ¿Con cuáles razones, ni aun salidas de corazón de madre, podrás defenderlo? ¿Qué bondad verás en él para redimirlo, aunque lo remires con ojos de amor?

—Os confieso que es perezoso de cuerpo y flaco de ánimo.

—Está arrimado a tu casa, no como viga para sostenerla, sino como hieba parásita para chuparla. Derrocha en festines lo que tú aumentaste con la sobriedad. Consume la mies que su hermana siembra, y engulle la caza que sus hermanos matan.

—Confieso que le veo más entre las pieles del lecho que entre los zarzos del monte, y que por su rostro, rasurado a la romana, corre más el vino de las Galias que el sudor del trabajo.

—¿Te ama quizá, ni ama a su gente?

—¡Ha vivido tanto tiempo lejos de mí y de sus tierras! ¡Fué a Roma tan niño!

—Sí; nació con cuerpo deforme, y quisiste que la medicina italiana enmendara a la naturaleza. Nació con entendimiento más torcido que el cuerpo, y su padre quiso que los retóricos de Roma le pusieran entendimiento postizo. Fué con Arminio a la ciudad enemiga, y sus academias le enseñaron el latín y el griego para que mal dijera en muchas lenguas del nombre germano. ¿Maldecirlo? ¡Es poco! ¿Odiarlo? Es noble. No; aprendió a despreciarlo como nombre de bárbaros, nacidos para la esclavitud.

—Pero volvió a su patria.

—Volvio con la misma joroba en la espalda y la misma joroba en el entendimiento. Y encima de ellas tra-

jo todos los vicios de la ciudad prostituta.

Le enseñaron aquellos cortesanos sus afeminamientos, aquellas cortesanas sus bajezas, aquellos histriones a ponerse la carátula para fingir, aquellos cantores a atiplar la voz para engañar. Su espíritu se acobardó en la servidumbre del César, sus miembros se apoltronaron en los triclinios de los banquetes.

¿Para qué servirá a su gente ni a sus padres quien lleva la lira por solo escudo y la copa por único armamento?

La doblez, la cobardía, la traición, la envidia, viven en su cuerpo jorobado, como en morada propia, como la manada de lobos en la concavidad de la peña.

—Serán defectos de mis entrañas, que lo concibieron.

—En mala hora lo concibieron. Parece que su padre, cuando lo engen-

dró, pensaba, más que en la blancura de tu pecho y en el azul celeste de tus ojos, en la negrura de las traiciones que preparaba. Parece que, en vez de cuajarse su amor en un hijo, sus malos pensamientos se cuajaron en un pedazo de carne.

—No decís sino la verdad. Es descastado, es cobarde, es inútil, es vicioso. Pero, ¡es tan feo! Dijérase que por eso lo sacrifico; ¡como si el corazón de madre fuera corazón de cortesana, que deja lo enteco por lo gallardo!

—¡Sublime pretexto, mujer! Los dioses no quieren, sin duda, el sacrificio de tus hijos, puesto que sólo las deidades pueden inspirarte esa defensa.

Volvamos a los sacerdotes, y digámosles que si por su boca habla el dios de la Ira, por la tuya ha hablado el dios de la Casta, que es la divinidad tutelar de Germania.

Eugenio Sellés.

En el próximo número se publicará la comedia en dos actos

LOLITA TENORIO

ORIGINAL DE

Pedro Muñoz Seca

y Pedro Pérez Fernández

“ Z E A ”

PURGANTE

eficaz, agradable, inofensi-
vo. El mejor para los niños

25 céntimos

SELLO

cura rápidamente dolores de
cabeza, muelas, oídos, etc.
corrige y evita los dolores
del período.

30 céntimos

De venta en Centros de Específicos, Farmacias y Droguerías de toda España.
Especialidades “ZEA” Fontuny, 13, Barcelona.

PARA BUENOS IMPRESOS
→ Y SELLOS CAUCHO ←

Manuel López Ortega (hijos)

Encomienda, 20 duplicado

MADRID

Gran rapidez. :—: Fundición diaria.

ALREDEDOR DEL MUNDO

tiene un centro establecido en
el «kiosco Colón», Plaza de Ca-
stilla, frente al Paseo de :—:
Gracia.

La dirección de este periódico
advierte a los colaboradores es-
pontáneos que no se devuelven los
originales ni se mantiene corres-
pondencia acerca de ellos.

ALREDEDOR DEL MUNDO

Es la Revista ilustrada que trae más lectura y más variada
ilustración. Contiene relatos de viajes, narraciones históricas,
curiosidades de ciencias, de arte y de industria, aventuras
de caza, costumbres de pueblos raros, novedades de arque-
ología, numismática, filatelia, historia natural, etc. Es, en suma,
una verdadera enciclopedia en forma de periódico.

— Precio del número: 25 céntimos. —

PIANOS

AUTOPIANOS y HARMONIUMS de las mejores marcas, al contado y a plazos. Unica casa en PIANOS de verdadera ocasión, garantizados, desde 70 duros. Alquileres desde 10 pesetas. Afinaciones y reparaciones. — TELÉFONO 5.400.

CASA ALONSO

Fundada en 1865
22, Valverde, 22.

**Aceites y grasas
:- lubricantes :-**

Insuperable

*para
el engrase
de
los autos*



OLEO-MOTOR

Correas

*de
transmisión
y algodones
para
máquinas*

SUCESORES DE E. STEINFELDT
Calle del Prado, núm. 15. — Teléfono 984. — MADRID

SUMMIT

Tónico
nervioso

Utilísimo a los convalecientes.
Pedir prospectos.

El SUMMIT combate la Anemia, la Debilidad general, la Neurastenia, la Falta de Apetito, la Pérdida de la memoria, la Impotencia, la Parálisis, los Temblores, etc., etc.

Depositorios: Gayoso, Arenal, 2. Madrid.
Segalá, Rambla de las Flores, 14. Barcelona.

SUMMIT

Tónico
nervioso

MONTANO

Pianos de esta acreditada marca y de las más reputadas del extranjero. Los mejores aparatos para tocar el piano. Última creación en Autopianos y eléctricos. Armoniums y rollos extranjeros de música de 65, 78 y 88 notas. Primer servicio para el traslado de pianos. Salón de Conciertos.

San Bernardino, 3
MADRID.

Fume V. papel

La Lidia

✦ **LOS MUCHACHOS** ✦
SEMANARIO INFANTIL

Se publica los domingos :-: 15 céntimos.

Ayuntamiento de Madrid.